

Leer despacio

Hortensia Moreno

A Alina Barojas

Ninguna de las mujeres que llegó a esa reunión podía imaginar la importancia de la empresa que ahí le proponían. Hubiera hecho falta una bola de cristal y poderes de adivinación del futuro. Veinte años después —como dice el poeta— todo era predecible: la aparición de DEBATE FEMINISTA, su publicación ininterrumpida durante 40 arduos números y la obvia consecuencia de una lenta pero inexorable acumulación de volúmenes en el librero: la colección entera ocupa hoy en día —centímetros más o menos— .2816 m³, o sea más de la cuadragésima parte cuarto de un metro cúbico.

Quizá la única que sabía con claridad lo que iba a ocurrir después era Marta Lamas. Ella puede ahora negar o aceptar la responsabilidad con el sustento definitivo que le da la prueba del tiempo. Ciertamente, yo no tenía la menor idea del problema en que me estaba metiendo. Entré un poco a ciegas; sólo un poco: llevaba algunos meses trabajando con Lamas y empezaba a acostumbrarme —no sin desasosiego— a su ritmo delirante de trabajo, incansable invención de proyectos nuevos, entusiasmos súbitos y capacidad increíble para echar a andar las propuestas más —para esta humilde servidora— descabelladas.

Acabábamos de dar por perdida una —la *doble jornada*— cuando ya estábamos embarcadas en la siguiente. Y esta vez tenía que salir bien. Es decir: BIEN. Y para garantizarlo, Lamas estructuró una forma de trabajo donde se deshacía de todos los prejuicios y convenciones que hubieran podido estorbar su designio. En lugar de una dirección colectiva —como la que ostentó *fem.* en sus inicios—, gobierno unipersonal; en lugar de pertenecer a una organización —como en la *doble jornada*—, independencia total; sin seguir ningún esquema, se propuso establecer una revista donde se pudiera publicar todo lo que ella quisiera, sin importar si era demasiado largo, denso o complicado.

Cuando digo que yo no sabía dónde me estaba metiendo es en serio. Yo venía de un contexto diferente. Mi feminismo fue primero silvestre y

luego autodidacta. Se me había forjado en la vida cotidiana, en la inescapable certeza de una injusticia flagrante en el trato común que se nos da a las mujeres. Y luego en la lectura tozuda, íntima y desordenada de Woolf, de Beauvoir, Greer, Lonzi, Jong, Lessing.¹ Lo que me caía en las manos, sin orientación ni sistema. Entregada al azar y a la sorpresa. Combinados con una total incapacidad para la militancia.

Cuando empecé a trabajar en DEBATE FEMINISTA —o sea, desde la preparación del primer número— yo no sabía absolutamente nada.

En el mundo del cual provengo —la escuela de periodismo— hay una especie de mística del puesto de "secretario de redacción" o "jefe de redacción", sin que nunca haya yo podido comprender a profundidad la diferencia entre secretaria y jefa.² Según creo, se usan indistintamente. No importa. La mística del puesto era suficiente razón para sentirme altamente honrada cuando lo ocupé en esa primera etapa de DEBATE FEMINISTA. ¿Qué hace exactamente una jefa de redacción? La chamba editorial: pelearse con los originales, las galeras, las pruebas y, desde luego, con las erratas. Discutir si tal palabra va con mayúscula o no, si una coma es adecuada, si el título debe llevar cursivas, cuáles palabras se separan con guión y veinte mil minucias más que, al final del cuento, a nadie le interesan mayormente.³ Da igual. Siempre y cuando se siga alguna norma y el texto demuestre que hay uniformidad, voluntad de estilo, respeto de la gramática y cierto conocimiento de la terminología particular que se maneja en el rumbo.

Cuando empecé a trabajar en DEBATE FEMINISTA —hace ya, ¡cámara!, veinte años—, me estaba yo formando como editora. Era inconcebiblemente joven y osada. Y no tenía la menor idea de cómo hacer DEBATE FEMINISTA. Los problemas gordos los resolvió Azul Morris, con su impecable diseño tipográfico. Y Carlos Aguirre con sus portadas. En cuanto a revisar originales, leer galeras y llevar las pruebas finas a la imprenta, todo esto siempre

¹ De ahí salió mi tesis de licenciatura en periodismo, y sólo ahora, 35 años después, me doy cuenta de que inventé mi propia metodología cualitativa, motivo por el cual algunos de mis sinodales tenían enormes ganas de reprobarme.

² Por cierto, en DEBATE FEMINISTA nunca figuré como "secretaria" o "jefa", sino simplemente como "redacción".

³ Durante los últimos veinte años se ha llevado a cabo una verdadera revolución en el mundo editorial, gracias al desarrollo de las computadoras e internet. El trabajo actual de jefa de redacción implica una comunicación muy estrecha con quienes escriben, de modo que la colaboración es eficiente y expedita, y eso define lo que se publica. Lo cual, sin duda, es muy relevante. Esto era inimaginable en 1989.

me rebasaba: nunca pude yo sola. La que está y estuvo y estará siempre al pie del cañón es Marta Lamas.

Nos tocó, además, la transición de la tipografía tradicional a la formación por computadora. Y nos lanzamos, con Fer Estrada y Lili Buj, a la aventura en TEX, un programa complicadísimo —en aquellos arcaicos entonces— que se usa para hacer libros científicos. Bueno, si contamos las erratas y las barbaridades que he publicado en DEBATE FEMINISTA no me basta un ladrillo. Pero eso no importa.

Lo que importa es que yo no entendía ni jota.

Porque yo no era ni militante ni académica. Lo que yo quería en la vida, lo que yo quiero, la finalidad hacia la que me muevo de la manera más errática e ineficaz del mundo, lo que yo pretendo es escribir. Escribir literatura.

Tengo un problema con el feminismo. O si ustedes lo prefieren en plural: tengo dos problemas con los feminismos. Dos problemas tan hondos y sustanciales que a veces dudo seriamente de que pueda yo reivindicar la etiqueta para mí misma.

Problema número 1: ineptitud radical para la militancia. Los movimientos sociales requieren disciplina, entrega y devoción para las que yo estoy negada. Las movilizaciones masivas me aterran. Los lemas y las doctrinas me escandalizan.

Problema número 2: la teoría me impacienta. No hay pensamiento social, por riguroso que sea, al que no le encuentre una vuelta, una reserva, una incongruencia. Las generalidades me aturden. A mí lo que me gusta es la excepción. Lo excéntrico. El detalle.

No obstante, me aventé la puntada de ostentar el puesto de la "redacción" de DEBATE FEMINISTA durante diez largos años.

¿Cómo puede una persona revisar tal cantidad de originales y galeras, tantas y tantas páginas de texto cerradito, con hartas notas de pie de página, sin entender ni jota? Ah, ¿verdad?

No era mala fe. Era vil y vulgar inocencia. Desde luego, cuenta mucho la alucinada confianza de Marta Lamas en mi trabajo: ¿cómo le iba yo a decir: "oye Marta, no entiendo ni jota"? Y cuenta también el hecho irremediable de que tampoco es tan grave. No pasa nada. Con el lenguaje, sobre todo con el lenguaje escrito, ocurre una cosa muy extraña: tiene una vida propia, una manera de existir por sí mismo tan vigorosa que hasta parece de pronto que no nos necesita a nosotras las hablantes y las escribientes. Sobre todo, no necesita a las correctoras.

En todo caso, las correcciones que le apliqué a esos veinte números de textos feministas siguen funcionando. Ahora que reviso sus páginas, *a posteriori*, desde fuera, como si no hubiera sido yo —sino otra loca irresponsable y megalómana— la que se encargó de su edición y publicación, me encuentro con la agradable sorpresa de que se entiende. Está bien. Es una revista relativamente cuidada. No está tan dejada de la mano de dios. Pero yo no entendía ni jota.

Por eso me clavé en la academia y me metí al doctorado. Aunque también estoy negada para la academia y sé que en cuanto termine esta etapa la abandonaré otra vez y para siempre en tanto no me vuelva a atrapar con sus cantos de sirena.

Si tiene algo de malo, muy malo, pésimo digamos, el puesto de la "redacción" es que te obliga a leer muy rápido. Es decir, si no lees rápido mejor ni te metas a corregir estilo, revisar galeras y armar revistas. El ritmo del trabajo editorial siempre es frenético. Hay que cumplir con una fecha y siempre estamos tarde.

Una de las cosas que no comprendía, cuando yo era la "redacción" de DEBATE FEMINISTA, era por qué Marta Lamas se empeñaba con tanto afán en que la revista saliera a tiempo. Yo venía de la peor tradición editorial del mundo: las revistas literarias semiclandestinas, de esas que sólo sacan uno o dos números y se extinguen con la misma serenidad y placidez con que brotan.

Con el tiempo en mi contra, la lectura que yo hacía de todos los originales y todas las pruebas era bastante caótica. Y como no entendía ni jota, de pronto el cierre de un número se me podía volver una carga insoportable. Era demasiado. Cuando Cecilia Olivares me relevó en el puesto yo me sentí liberada de una misión para la cual nunca tuve vocación suficiente.

De modo que los enormes beneficios que me ha traído la posesión de este título —haber sido jefa de redacción de DEBATE FEMINISTA durante diez años— son mucho más de lo que yo realmente merecía. Pero como han sido también completamente inesperados, los disfruto sin culpa. Nunca los perseguí, nunca me imaginé que iban a estar ahí. Son gratuitos y me tocaron de pura chiripa.

El prestigio de DEBATE FEMINISTA me acompaña a donde voy. Me adorna como a un pavorreal su cola llena de ojos. Es mi aura, mi amuleto de la buena suerte. Y después de veinte años de leer a toda velocidad —porque el doctorado y la academia también son eso: una condena a leer muy rápi-

do—, en estos tiempos en que todo se está desacelerando en mi vida, me he propuesto leer despacio.

De pronto reviso el índice temático de DEBATE FEMINISTA y me encuentro con joyas de las que yo no tenía realmente conciencia. Están ahí, en mis veinte volúmenes. Textos que, supuestamente, cuidé y revisé con prolijidad y de los que ya no me acuerdo. Porque los leí rápidamente. Sin fijarme más que en la ortografía. Procurando tan solo que la puntuación se repartiera con cierta decencia. Sin entender ni jota. Ahora los voy a leer despacio. Me voy a dar el lujo, el inefable lujo de entender cada uno de los pensamientos ahí plasmados. Sin fecha de entrega ni calificación ●